

SEGOVIA



Los políticos llaman a votar por ellos aunque después su convocatoria sea a formar otros partidos.

Negro porvenir

RAFAEL SEGOVIA



Los políticos empiezan a creer poco en la política y sus oropeles: desconfían de sus elementos esenciales, de cuanto le da carta de naturaleza en la vida social, sobre todo, de lo más importante, de su presencia. Vienen de demostrar su escepticismo sobre los partidos políticos, que les han dado vida y presencia, que han hecho de ellos personas públicas. Es el caso del señor Calderón, a quien los partidos políticos o, mejor dicho, un partido, lo impulsó al máximo cargo a que podía aspirar.

El señor Calderón fue diputado y lo más parecido a un secretario de Estado antes de llegar a la Presidencia de la República. Ahora reniega de este partido —el de Acción Nacional— e incita a que se hagan nuevos, seguramente porque los existentes no le hacen caso. Sólo algunos de oposición abierta, sobre todo el PRI, le proponen alianzas vergonzantes, que no se atreven a hacer públicas, manifestadas, porque —en eso tiene razón— saldrían a la luz pública los conflictos internos, las ambiciones particulares de los hombres y mujeres de ese partido. Prefieren aparecer todos los días en la prensa haciendo ofertas que de sobra saben que no se cumplirán porque no se pueden cumplir.

El actual Presidente ofreció el oro y el moro si era elegido. No cumplió ninguna de sus ofertas: no sólo no creó ninguna fuente de trabajo, ni atacó la corrupción, se entregó con toda frialdad a los empresarios, la desigualdad es tan amplia como el primer día y su mal carácter se agudiza en todas las conferencias. Además pone en los demás sus errores, pierde los estribos entre los gobernadores a quienes acusa de sus fracasos. Sólo el bárbaro que está en la calle de Bucareli hace el ridículo de dirigirse al gobernador de Sonora con el don por delante, para mostrar

a toda la República que él sí tiene modales, pero no los que interesan a esa misma República, que sigue sin saber cuántas guarderías durante la presente administración fueron entregadas a la iniciativa privada para llenarse más los bolsillos. Al señor Karam se le perdieron los papeles, los niños ya están enterrados mientras el gobierno se sacude su responsabilidad y se engalla ante un gobernador que osa contestar.

Se ha roto la regla de oro que prohibía levantar la voz ante el Presidente, sólo unos cuantos paniaguados mantienen su respetuoso silencio procedente de los presupuestos federales, tan sorprendentes como el que envuelve la nueva refinera de Pemex.

No se tiene ningún optimismo sobre estas nuevas elecciones, ninguno de los partidos enfrentados tiene algo nuevo que proponer. Todos se han corrido hacia el centro no porque esto sea una voluntad expresa de los votantes y de los no votantes, sino porque tanto los gobiernos estatales como el federal temen una ola que rechace totalmente este sistema político. De una manera constante se repite que las soluciones propuestas por el gobierno no deben politizarse, que siempre debe buscarse una solución de conciliación, que las ideologías son una manera de pensar y de actuar contraria a la unidad nacional ansiada por todos los gobiernos. Es simular una unidad ficticia opuesta a los intereses de los grupos sociales que se encuentran en una sociedad real que nada tiene en común con la propuesta unitaria ofrecida por el gobierno federal.

Debe tenerse presente la situación de este continente y la presencia de fantasmas que creíamos desaparecidos.



Fecha 03.07.2009	Sección Primera - Opinión	Página 12
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

Siguen presentes. El caso de Honduras es uno, pero hay varios más.

Todo el mundo, literalmente todo el mundo, se pregunta por Zelaya y su país, nadie el porqué del golpe de Estado. Era un secreto a voces que el señor Zelaya tenía la intención de modificar la Constitución hondureña para reelegirse. Digamos que es un pecado latinoamericano. Haber eliminado al jefe del Ejército y a otras personas y personajes del Estado que se oponían al referendo inventado por el señor Zelaya es la cosa más normal del mundo. Nadie nos cuenta que la Constitución prohibía esta reelección, pero al señor Zelaya, un Presidente normal, como todos los de Honduras, le vino la idea de que nadie como él para encabezar indefinidamente a su país. El Ejército salió a la calle porque se sintió relegado y el golpe de Estado –digan con razón o no todas las naciones del mundo– vino a conmover a toda la grey: el presidente de Colombia, el de Venezuela y cuantos más piensan reelegirse con la anuencia de unos Congresos dispuestos a aprobar todas sus aventuras constitucionales. Pero eso sí, con respeto de unas formas que ellos han impuesto: el Ejército en la calle es intolerable en Irán y en Honduras, quienes vieron las presidencias de Porfirio Díaz piensan que las trampas constitucionales pueden tener sus ventajas. La novela latinoamericana se ha cebado sobre los presidentes eternos que encontramos por todos lados. En México, después de Díaz sólo tuvimos uno que se atrevió a volverse a elegir. Fue asesinado cuando intentó otra vez aventurarse en la reelección, y aún así no faltaron ganas de emularlo. En ese sentido, desde entonces vivimos en paz.